ADVERTENCIA

A lo largo de la historia, el ser humano común nunca ha aparecido. Nosotros, los que somos la base de la civilización y los verdaderos pilares —los que trabajamos, limpiamos, cuidamos, ayudamos y sostenemos la rutina de todos los días—, casi nunca hemos sido mencionados. Sin nosotros, simplemente no habría historia.

Por eso, a cambio de mis libros y de mi lectura, te pido que me compartas un pedacito de la tuya. No importa a qué te dediques: si limpias, barres, construyes o lo que sea que hagas en tu día a día, o simplemente un pedazo de lo que tú quieras contar de tu vida. Queremos crear un libro donde tu voz quede guardada junto a la de miles o millones de personas, en una biblioteca que podrá ser consultada por las generaciones futuras durante mucho tiempo.

No te preocupes por la ortografía ni por redactar "bonito". De hecho, es mucho mejor si escribes tal como eres: eso demuestra que somos seres humanos reales, no inteligencias artificiales.

La intención de crear esta comunidad a través de nuestras palabras es poder construir casas para cuidar y apoyar a la gente mayor. Cuidar a nuestros adultos mayores es vital, y podemos lograrlo de una manera que ni te imaginas.

Te pido encarecidamente que explores nuestra página web para conocer a fondo el proyecto Casa VITA. Pero lo más importante de todo es saber si quieres ayudarnos con tu historia y sumarte a la meta de formar la comunidad más grande de internet: una comunidad de personas plenamente conscientes del rumbo que lleva nuestra vida con el paso de los años.

Déjanos tu historia y conoce el proyecto en:

🌐 editorialvita.com

Tu vida es la verdadera historia. No dejes que la borren.

CON LOS PIES DESCALZOS
Y EL ALMA DESNUDA



ESTE ES UN LIBRO DE 23 ESCRITOS EN 53 DÍAS

NO SOY ESCRITOR,
SOY CUENTACUENTOS,
SOY "TU PAYASO™"

CON LOS PIES DESCALZOS Y EL ALMA DESNUDA

libros gratuitos en editorialvita.com

TU PAYASO ™

CON LOS PIES DESCALZOS Y EL ALMA DESNUDA

© 2026, TU PAYASO™ Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito del titular del derecho de autor .

Autor: TU PAYASO™

CONTACTO: tupayasokiren@gmail.com

ISBN: En trámite.

Diseño de portada y maquetación: Del autor

Obra inscrita en el Instituto Nacional del Derecho de Autor (INDAUTOR).

Registro en trámite.

TODOS LOS PERSONAJES Y SITUACIONES DE ESTA HISTORIA SON FICTICIOS, CUALQUIER PARECIDO CON LA REALIDAD ES MERA COINCIDENCIA

libros gratuitos en editorialvita.com

Hecho en México

ÍNDICE

Introducción..... 1
CAPÍTULO 1.....2
El día que la pista los juntó y el cielo los tiró..... 2
CAPÍTULO 2.....5
El Banquete de la Supervivencia.....5
CAPÍTULO 3.....8
Los falsos salvadores..... 8
CAPÍTULO 4.....11
La medicina del silencio.....11
CAPÍTULO 5.....13
El cable de la frontera.....13
CAPÍTULO 6.....16
El rastro de la sangre..... 16
CAPÍTULO 7.....18
La vigilia de los sentidos..... 18
CAPÍTULO 8.....20
El laberinto de la desconfianza..... 20
CAPÍTULO 9.....22
El espejismo de colores.....22
CAPÍTULO 10.....24
El silencio del cobre..... 24

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 11.....26
El regreso al silencio.....26
Epílogo.....28

libros gratuitos en editorialvita.com

Introducción

Cuando un bebé nace, ¿Qué es lo primero que hacemos? Le ponemos zapatitos. Aunque no camine. Le ponemos gorrito. Aunque no haga frío. Lo tapamos, lo envolvemos, lo escondemos del aire... como si el aire fuera enemigo. Le tenemos tanto miedo a que se raspe, a que llore, a que se ensucie, que antes de que toque el mundo ya lo metimos en una burbuja. En esta historia te voy a presentar a dos hermanos. Gemelos. Misma cara, misma sangre, mismo llanto al nacer. Pero el destino les dio cunas distintas. A uno le pusieron zapatitos antes de que aprendiera a pisar. Le dieron ropita de marca, tablet a los tres años, clases de inglés, de piano, de tenis. Le enseñaron que el lodo mancha, que el sol quema, que el monte es peligroso. Le dimos la educación que juramos que era la ideal. Lo volvimos atleta de pista, de gimnasio, de medallas que brillan en repisas. Lo criamos para ganarle al mundo sin tocarlo. Al otro no le tocó nada de eso. A él lo recibió la tierra. Creció descalzo, corriendo entre piedras, comiendo lo que daba la milpa. Su techo eran las estrellas, su maestro era el hambre, su gimnasio era subir el cerro para alcanzar al venado. También se hizo atleta. Pero su pista no tenía carriles. Su medalla era llegar vivo a casa. Eran polos opuestos... siendo el mismo. Uno olía a perfume caro. El otro a tierra mojada. Uno le tenía miedo al aire. El otro hablaba con él. Y el día que la vida los volvió a juntar, en una pista de carreras y después en los fierros retorcidos de un avión, el que anduvo descalzo toda la vida le tenía una gran lección al que nunca se quitó los zapatos. Porque hay jaulas que se ven como castillos. Y hay libertades que se ven como pobreza. Este libro es para los papás que arrullan a sus hijos con miedo. Es para los hijos que crecieron con todo... menos con pies que aguanten el camino. Te pregunto: ¿A cuál de los dos estás criando en tu casa? ¿Al que sabe prender fuego... o al que se muere de frío con cerillos en la bolsa? Bienvenido a Casa Vita. Aquí se vale soñar. Pero se sueña descalzo.

Libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 1

El día que la pista los juntó y el cielo los tiró

Se llamaban Kauri y Rayen. Gemelos. Misma cara, misma sangre, mismo primer llanto. Pero el destino les rompió la cuna en dos antes de que aprendieran a decir mamá. A Kauri lo recibió la tierra. No hubo zapatitos. No hubo gorrito. Hubo lodo entre los dedos y sol en la espalda. Creció donde el agua se pide a la lluvia y la comida se le arranca al monte. Corría descalzo persiguiendo conejos, trepaba cerros para alcanzar el aire, dormía con el ruido de los grillos como arrullo. Cada rasguño era una medalla. Cada hambre era un maestro. Sin saberlo, la sierra lo volvió atleta. Pulmones de venado, pies de raíz, alma de piedra. Fue feliz. Porque nadie le dijo que ser pobre era triste. A Rayen lo recibió el plástico. Cuna de marca, biberón tibio a la hora exacta, tenis que prendían luces antes de que supiera caminar. Creció donde el agua sale de la llave y la comida llega en bolsa. Lo metieron a clases de todo: inglés, natación, piano, tenis. Le enseñaron que el lodo mancha, que el sol da cáncer, que el monte es de nacos. Cada trofeo era comprado con mensualidades. Cada aplauso venía con factura. Sin quererlo, el dinero lo volvió atleta. De pista, de gimnasio, de fotos para Instagram. Fue feliz. Porque nadie le dijo que ser rico era una jaula. Los dos fueron niños. Los dos rieron. Pero la vida les enseñó a reír distinto. Kauri se reía con la panza, cuando llovía. Rayen se reía con los dientes, cuando ganaba. El monte escuchó de Kauri. De ese indio que subía cerros como si bajara escalones. Que corría 50 kilómetros sin tomar agua porque "el cuerpo avisa". Lo invitaron a una carrera. Ultra Sierra Caribe. De Chihuahua hasta la costa. Cruzando el país a pie. Para él era ir a saludar primos. Rayen ya estaba inscrito. Patrocinado.

libros gratuitos en editorialvia.com

Tenis de 8 mil pesos, ropa que respiraba por él, gel energético en la bolsa. Él no corría por gusto. Corría para que lo vieran correr. Para la medalla, para la historia, para callarle el hocico a los que dijeron que estaba gordo a los 10. Y ahí se vieron. En la sala de abordar. Misma cara. Misma estatura. Misma sangre. Uno olía a tierra mojada y jabón de barra. El otro a perfume de 3 mil y sudor de gimnasio. Se reconocieron. Siempre supieron del otro. La familia no es tan buena guardando secretos. Kauri sonrió. Le brillaron los ojos. Era su sangre. Rayen lo midió de arriba abajo. Huaraches, morral de ixtle, camisa deshilachada. Arrugó la nariz como si el monte apestara. "¿Tú también corres?", le soltó Rayen, acomodándose los audífonos de mil dólares. "Sí", dijo Kauri. "Todos los días. Para alcanzar la comida". Rayen se rió. No con la panza. Con los dientes. "Suerte, hermano. La vas a necesitar". Abordaron el mismo avión. Vuelo 224 de Chihuahua al Caribe. Con ellos iba más gente. Más historias. Diego, ingeniero, con su laptop donde llevaba los planos de un puente que nunca iba a construir. Guadalupe, licenciada, con tacones en la maleta para la junta que nunca iba a tener. Doña Rosa, con las manos duras de vender nopales, y Jaime, su pequeño de 7 años, pegado a la ventana porque nunca había volado. El Capitán, 20 años sin un rasguño. Su Copiloto, recién casado. Dos azafatas que soñaban con conocer el mar. El avión despegó. Rayen pidió whisky. Kauri pidió agua. Rayen se puso antifaz para dormir. Kauri se pegó a la ventana para ver su sierra desde arriba. Uno le tenía miedo al aire. El otro le daba las gracias. Nunca llegaron al Caribe. A las 2 horas con 17 minutos de vuelo, algo tronó. Un pájaro, una turbina, el destino. Nadie supo. El avión se sacudió como perro mojado. Las máscaras cayeron. Doña Rosa abrazó a Jaime. Guadalupe rezó. Diego se aferró a su laptop como si eso lo fuera a salvar. El Capitán peleó con los controles. "¡Prepárense para impacto!", gritó. "¡Vamos abajo!". Y cayeron. Entre árboles que no perdonan. Entre ramas que son cuchillos. El metal gritó, la selva se abrió, y el mundo se volvió fuego, humo y silencio. Cuando el polvo bajó, cuando los gritos pararon, cuando los pájaros volvieron a cantar, solo quedó eso: silencio y selva. El avión era chatarra. Los radios estaban muertos. El GPS era un

libros gratuitos en edicionalvina.com

pisapapeles caro. Del Capitán, del Copiloto, de las azafatas... no quedó nada. Solo sobrevivieron los pasajeros. Los que iban atrás. Los que la vida decidió dejar vivos para ver qué hacían. Kauri abrió los ojos. Le dolía todo, pero respiraba. Olió humo, olió sangre, olió tierra. Olió a casa. Se paró descalzo sobre la lámina caliente. Y entendió. La carrera ya no era hasta el Caribe. La carrera era para no morirse aquí. Volteó. Y lo vio. Rayen, tirado entre asientos rotos. Su ropa de marca estaba rota. Sus tenis de 8 mil estaban chamuscados. Estaba vivo. Pero por primera vez, tenía miedo de verdad. Kauri caminó hacia él y le extendió la mano. La misma mano callosa que nunca usó crema. La misma mano que sabía prender fuego, encontrar agua, curar con hierbas. Rayen la miró. Y por primera vez no vio huaraches. Vio salvación. Afuera, la selva los esperaba. Sin uber, sin wifi, sin room service. Solo con hambre, con frío, con bestias y con noche. Y con dos hermanos que, por fin, iban a correr la misma carrera.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 2

El Banquete de la Supervivencia

La noche en la selva no es oscura, es negra. Es un negro que se siente en la piel, pesado y húmedo. El grupo estaba amontonado cerca del fuselaje. Diego seguía tecleando en su laptop apagada, un tic nervioso de alguien que busca respuestas en una pantalla muerta. Guadalupe se abrazaba las piernas, tiritando con su ropa de lino. Rayen, sentado sobre una maleta de piel, miraba su reloj de miles de pesos. Eran las 8:00 PM. A esta hora, en su mundo, estaría saliendo del vapor del gimnasio para ir a cenar un corte de carne y una copa de vino. — No van a venir hoy —soltó Kauri. Había estado fuera del círculo de luz por una hora, moviéndose como una sombra entre las sombras. Regresó con un manojo de varas secas y algo envuelto en hojas de plátano. Se puso de rodillas y, con una paciencia que desesperaba a Rayen, empezó a trabajar la madera. Sin encendedores, sin gas. Solo fricción, ritmo y alma. Cuando la primera chispa saltó y el humo pequeño empezó a crecer, Rayen hizo una mueca. — Eso va a atraer a los animales, Kauri. Deberíamos mantener el perfil bajo. — El fuego mantiene a los animales lejos, hermano. Lo que los atrae es el olor a miedo —respondió Kauri sin mirarlo. La cena que nadie pidió Kauri abrió el envoltorio de hojas. Eran tres cuatuzas (roedores de monte) que había atrapado con trampas de lazo que armó mientras los demás lloraban. Los había limpiado en el arroyo cercano. Con la misma calma, los puso al fuego. El olor a carne asada empezó a flotar. Un olor rústico, fuerte. — ¿Qué es eso? —preguntó Guadalupe, arrugando la nariz. — Comida —dijo Kauri—. Mañana el cuerpo va a pesar el doble si no tiene lumbre adentro. Rayen soltó una risa seca, llena de asco. — Yo no voy a comer rata, Kauri. Por Dios, ten un poco de dignidad. Mañana a primera hora llegará el helicóptero. Puedo aguantar una noche sin

libros gratuitos en editorialvita.com

cenar. Es como un ayuno intermitente, me viene bien para la definición muscular. Diego y Guadalupe asintieron. Preferían el vacío en el estómago que "rebajarse" a comer lo que la tierra daba sin etiquetas. Doña Rosa fue la única que se acercó. — Mi niño tiene hambre —dijo con voz humilde. Kauri le dio la pieza más tierna. Jaime comió en silencio. El silencio del maestro Kauri comió su parte despacio. Masticando bien. Sabía que cada gramo de proteína era un kilómetro más de caminata para el día siguiente. Miró a Rayen, que intentaba dormir apoyado en su maleta cara. — El hambre es un maestro que no acepta explicaciones, Rayen —dijo Kauri suavemente—. Hoy le haces el feo a la carne. Mañana vas a querer lamer las piedras. El monte no sabe cuánto dinero tienes en el banco. Solo sabe si tus piernas pueden cargar tu soberbia. Rayen no contestó. Se puso sus audífonos de cancelación de ruido, aunque no tenían batería, solo para no escuchar el crujir de los huesos que su hermano masticaba con la naturalidad de quien sabe que, en la selva, el que no come, se vuelve comida. El despertar de la realidad Pasó la noche. El helicóptero no llegó. El amanecer trajo una neblina espesa que enterró cualquier esperanza de ser vistos desde el aire. Cuando Rayen abrió los ojos, se sintió débil. Su cuerpo de atleta, acostumbrado a los suplementos y a la comida exacta, estaba entrando en pánico. Se puso de pie y sintió un mareo que casi lo tumba. Miró hacia donde estaba la fogata. Kauri ya estaba de pie, con los huaraches bien amarrados y el morral al hombro. Estaba apagando las brasas con tierra. — ¿Qué haces? —preguntó Rayen con la voz ronca—. Hay que esperar. Dijeron que los protocolos... — El protocolo de la montaña dice que si te quedas donde no hay agua, te mueres —dijo Kauri señalando a los demás sobrevivientes, que se veían pálidos y ojerosos—. El arroyo que usé ayer se está secando. Si queremos vivir, hay que caminar hacia el río grande. Son tres días de cerro. Rayen miró sus tenis impecables. Luego miró la selva cerrada, donde no había caminos, solo espinas y lodo. — No podemos caminar —dijo Diego, aterrado—. Nos vamos a perder. — Ya estamos perdidos —sentenció Kauri—. La diferencia es si queremos estar perdidos sentados o perdidos caminando hacia la salida. Rayen sintió un retortijón de hambre que le

libros gratuitos en editorialvia.com

dolió hasta el alma. Miró las sobras de los huesos quemados de la noche anterior y, por primera vez, sintió envidia de su hermano. — ¿Crees que podamos llegar? —preguntó Rayen, perdiendo por fin un poco de su altanería. Kauri lo miró a los ojos. Los mismos ojos. — Tus pies de ciudad no van a aguantar, Rayen. Pero tu sangre es rarámuri. Si dejas de pensar como rico y empiezas a sentir como hombre, tus pies van a recordar cómo se pisa la piedra. Vámonos.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 3

Los falsos salvadores

El sonido de un motor a lo lejos hizo que Diego y Guadalupe saltaran de alegría. No era un helicóptero, era el rugido de camionetas subiendo por una brecha que no se veía desde el avión. — ¡Ahí están! —gritó Rayén, agitando su playera de marca—. ¡Son ellos! ¡Sabía que nos encontrarían! Rayén empezó a correr hacia el sonido, tropezando con sus tenis caros en el lodo. El grupo lo siguió, gritando con la desesperación de quien cree que la pesadilla ha terminado. Pero Kauri se quedó quieto. Olfateó el aire. El olor no era de auxilio, era de pólvora y gasolina mal quemada. — ¡Rayén, detente! ¡Pies de raíz, al suelo ahora! —rugió Kauri, pero su voz fue sepultada por los gritos de júbilo de los otros. El encuentro con la sombra Dos camionetas negras, llenas de polvo y blindaje artesanal, frenaron en seco frente al grupo. De la batea saltaron hombres que no vestían uniformes de la Cruz Roja ni del Ejército. Vestían ropa táctica, llevaban los rostros cubiertos con pañoletas y, en sus manos, sostenían rifles que brillaban bajo el sol filtrado por los árboles. Rayén se quedó congelado a mitad del camino, con la mano todavía levantada. El silencio que siguió fue más aterrador que el choque del avión. — ¿Ustedes son los del pájaro caído? —preguntó uno de los hombres, un tipo bajo con una mirada que parecía un pozo vacío. — Sí, sí... —balbuceó Diego—. Somos nosotros. Por favor, necesitamos ayuda, tenemos heridos... El hombre no respondió. Miró la laptop de Diego, el reloj de Rayén y las joyas de Guadalupe. No los miró como personas, sino como mercancía. Hizo una seña con el rifle hacia la batea de la camioneta. — Súbanse. El jefe quiere ver qué traían en ese avión. El rugido de la huida Kauri, que se había mantenido oculto tras un tronco, entendió el lenguaje de los ojos de esos hombres. Sabía que en la sierra, cuando el diablo viste de

libros gratuitos en editorialvia.com

camuflaje, nadie regresa a casa. — ¡No se suban! —gritó Kauri saliendo de la sombra. Los hombres armados se giraron sorprendidos. Kauri no les dio tiempo de apuntar. Agarró una piedra del suelo y la lanzó con la precisión de un cazador, impactando directamente en la cara del que hablaba. — ¡CORRAN AL BARRANCO! —bramó Kauri. El pánico estalló. Rayén, por puro instinto rarámuri enterrado bajo capas de miedo, dio media vuelta y empezó a correr. Pero el mundo se llenó de un ruido seco y metálico: ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Las balas empezaron a morder las cortezas de los árboles. El grupo de "atletas de ciudad" que antes se quejaba de caminar, ahora volaba por el miedo. Guadalupe perdió sus zapatos, Diego dejó caer su laptop; ya nada de eso importaba. La lección del abismo Llegaron al filo de uno de esos altibajos brutales de la Tarahumara: un desnivel de casi ochenta metros de piedra y arbustos espinosos. — ¡Hay que saltar por la ladera! —ordenó Kauri. — ¡Es un suicidio! —gritó Rayén, mirando el precipicio. Detrás de ellos, las camionetas rugían y los gritos de los hombres se acercaban. Las balas silbaban sobre sus cabezas. — El suicidio es quedarse aquí, hermano —dijo Kauri, agarrando a Rayén por el cuello de su playera rota—. ¡Mira al frente! ¡Deja de pensar en el suelo y piensa en el aire! Kauri empujó a Diego y a Guadalupe hacia un matorral denso que servía de rampa natural y luego saltó junto a Rayén. No fue una caída libre, fue un descenso frenético, una lucha contra la gravedad donde Kauri usaba sus manos callosas para frenar, para guiar, para evitar que se rompieran el cuello. Al llegar al fondo, en una grieta oculta por la vegetación, Kauri les tapó la boca a todos. Arriba, se escuchaban los portazos de las camionetas y las maldiciones de los hombres. — Se escaparon los indios... —se oyó decir a uno desde lo alto—. Déjalos, la sierra se los va a tragar antes de que lleguen al río. El silencio después de la bala Cuando el ruido de los motores se alejó, Rayén se miró las manos. Estaban sangrando, llenas de espinas. Sus tenis de 8 mil pesos habían perdido la suela en el descenso. Tenía frío, tenía hambre y, por primera vez, se dio cuenta de que su hermano Kauri no era un "pobre indio". Era un gigante. — Casi nos matan... —susurró Guadalupe, llorando en silencio. Kauri se asomó por la

libros gratuitos en editorialvida.com

grieta, vigilando el camino. — Ahora ya saben quién es el enemigo —dijo con una calma que helaba la sangre—. Y no es el hambre, ni es el frío. Es el hombre que ha olvidado que la tierra no le pertenece. Rayén, quítate esos restos de plástico de los pies. Ya no te sirven. Si quieres salir vivo de aquí, vas a tener que aprender a sentir la piedra. Porque desde este momento, ya no somos atletas... somos presas. Y las presas solo viven si saben correr sin dejar huella.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 4

La medicina del silencio

La grieta era un refugio frío, pero era lo único que los separaba de las balas y de la lluvia que empezaba a castigar la sierra. El grupo estaba en pedazos. Guadalupe lloraba en silencio, abrazando sus rodillas ensangrentadas. Diego tenía la mirada perdida, las manos le temblaban tanto que no podía ni hablar. Rayén se miró los pies. Lo que quedaba de sus tenis de marca eran jirones de tela y plástico derretido por la fricción del descenso. Sus pies, esos que cuidaba con pedicuras y cremas de atleta profesional, estaban hinchados, morados y llenos de espinas que se habían enterrado profundamente durante la huida. — No se muevan —dijo Kauri. Su voz era lo único firme en ese lugar—. Si el miedo se les mete en la herida, no se van a levantar mañana. Kauri no perdió tiempo. Se internó unos metros en la penumbra de la grieta, donde el agua escurría por las paredes, y regresó con un puñado de hierbas: árnica de la sierra y hojas de encino. Sacó de su morral una piedra de río, lisa y pesada, y empezó a machacar las plantas sobre una laja plana. El olor era penetrante, verde, casi metálico. — Eso está sucio, Kauri —balbuceó Rayén, alejando el pie por instinto—. Necesitamos alcohol, gasas estériles... nos va a dar una infección. Kauri se detuvo y lo miró a los ojos. Fue una mirada larga, pesada como la montaña. — Rayén, tu alcohol se quedó en el avión. Tus gasas están en una maleta que ahora tienen esos hombres. Aquí solo hay dos caminos: o dejas que la tierra te cure, o dejas que la infección te gane la carrera. Tú decides si quieres morir con los pies limpios o vivir con las manos manchadas de hierba. Rayén tragó saliva. El dolor era un latido constante en sus tobillos. Finalmente, estiró el pie. Kauri aplicó la pasta caliente por la fricción sobre las cortadas de su hermano. Rayén soltó un rugido de dolor que ahogó con su propia playera. Sentía que le habían pegado

libros gratuitos en editorialvita.com

un brasero a la piel. — Aguanta —le dijo Kauri con suavidad—. El árnica busca el golpe, el encino cierra la carne. Respira como cuando corres, Rayén. No pelees contra el dolor, déjalo pasar. Uno a uno, Kauri atendió a los sobrevivientes. A Diego le lavó una herida profunda en el brazo con agua de lluvia recogida en una hoja y le aplicó resina de pino para sellar la hemorragia. A Guadalupe le dio a masticar una raíz amarga para calmarle los nervios. — ¿Por qué haces esto? —preguntó Guadalupe, sintiendo cómo el temblor de su cuerpo cedía—. En el aeropuerto... te tratamos como si no valieras nada. Te vimos hacia abajo, nos reímos de tu ropa. Fuimos unos estúpidos. Kauri se detuvo un momento, con las manos manchadas de la savia verde de las plantas. Miró a Rayén, que mantenía la cabeza baja, incapaz de sostenerle la mirada. — El orgullo es como un par de zapatos nuevos —dijo Kauri mientras terminaba de vendar el pie de su hermano—. Te hacen sentir más alto, pero te sacan ampollas si caminas mucho con ellos. En la ciudad, ustedes necesitaban creer que eran más que yo para sentirse seguros. Aquí, en el monte, esa mentira no pesa. Rayén apretó los puños. Las palabras de Guadalupe le dolían más que las heridas de sus pies. — No solo fue la ropa, Kauri —dijo Rayén con la voz quebrada—. Negué mi sangre. Te hice menos frente a todos para que no vieran de dónde vengo. Y ahora, el único que tiene las manos limpias para salvarnos eres tú, el que yo no quería que nadie viera. Kauri le puso una mano en el hombro. Sus dedos estaban callosos, duros como la corteza del encino, pero el toque fue cálido. — Ya no hay nada que esconder, hermano. La sierra ya te desnudó. Ahora solo queda lo que eres de verdad. Descansen, que la medicina trabaje. Porque la montaña no perdona a los cansados, y mañana nos va a poner a prueba. Pasaron las horas en una penumbra pesada. Afuera, la tormenta arreciaba, pero dentro de la grieta, el silencio se volvió un maestro. Rayén sentía cómo el ardor inicial de sus pies se transformaba en un calor profundo, un hormigueo que le devolvía la sensibilidad. Cerró los ojos y, por primera vez en años, no necesitó un reloj para saber que era hora de descansar. El grupo se quedó dormido bajo el arrullo de la lluvia, sin saber que la montaña estaba preparando su siguiente rugido.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 5

El cable de la frontera

El sol de la mañana era una mentira. Aunque iluminaba los pinos, el aire se sentía cargado, eléctrico. Tras la noche de curación en la grieta, el grupo caminó con una lentitud penosa. Rayén, con los pies envueltos en trapos y hierbas, sentía la tierra de una forma que nunca imaginó; cada piedra era un mensaje, cada rama una advertencia. Al mediodía, llegaron a la orilla de un río que parecía sacado de un sueño. El agua corría cristalina entre rocas blancas. Diego y Guadalupe se lanzaron a la orilla, bebiendo con desesperación. Por un momento, la tragedia pareció quedar atrás. — ¡Agua! ¡Kauri, es agua limpia! —gritó Rayén, llenando sus manos. Kauri no se arrodilló. Miraba hacia las cumbres. El cielo allá arriba estaba negro, un contraste violento con el azul que tenían sobre sus cabezas. — Beban rápido —dijo Kauri, su voz como un latigazo—. La montaña está llorando allá arriba. Esa agua no se va a quedar tranquila mucho tiempo. El rugido del gigante Apenas terminaban de saciarse cuando el suelo empezó a temblar. No era el viento. Era un crujido sordo, profundo, que hacía vibrar las muelas. ¡CRAC! ¡BOOM! — ¿Truenos? —preguntó Diego, palideciendo. — No. Son rocas —respondió Kauri, señalando el cauce—. El río se está moliendo a sí mismo. ¡Viene la crecida! En ese instante, un sonido metálico se unió al rugido de la montaña. Un helicóptero de rescate apareció sobre el cañón, bajando en una maniobra arriesgada para extraerlos. Era su salvación, el final de la pesadilla. Al mismo tiempo, a unos 500 metros de distancia, en la cresta de la colina de enfrente, las camionetas negras asomaron. Los perseguidores saltaron de ellas y el brillo de los cañones delató su intención. Las ráfagas empezaron a silbar, buscando detener la extracción. El piloto del helicóptero, bajo fuego y luchando contra las ráfagas de viento,

libros gratuitos en editorialvita.com

intentó posicionarse para que subieran, pero no vio el peligro invisible. Un cable de acero grueso, tensado de lado a lado del cañón para los cruces de emergencia, cortaba el aire. El impacto fue seco. El cable se enredó en el patín. La aeronave dio un bandazo violento y, antes de que alguien pudiera reaccionar, se desplomó hacia el cauce justo cuando una muralla de lodo y piedras gigantescas bajaba por el río. El helicóptero de rescate desapareció en segundos bajo el lodo. El puente de acero — ¡Al cable! ¡Es la única forma! —bramó Kauri. Con el helicóptero destruido, ya no había nadie que viniera por ellos desde el aire. Los perseguidores empezaban a bajar por la ladera opuesta disparando, pero la distancia de medio kilómetro y el terreno accidentado les jugaba en contra. El único camino era cruzar al otro lado del barranco usando ese mismo cable de acero que seguía anclado a los árboles. Era una locura. El cable vibraba con la fuerza del viento. Kauri ayudó a subir a Doña Rosa y al niño, pasándolos con una habilidad asombrosa. Diego y Guadalupe cruzaron después, colgados del acero, con las manos sangrando y el río de lodo rugiendo metros abajo. Rayén fue el último. Mientras se colgaba, vio a los hombres armados llegar a la orilla opuesta. A esa distancia, los tiradores se posicionaron, buscando el blanco fijo que era Rayén en medio del cable. Las balas "cloqueaban" al golpear el agua y la roca. — ¡No mires allá, Rayén! —gritó Kauri del otro lado—. ¡Mira el acero! ¡Eres rarámuri, tu sangre es más fuerte que su plomo! Rayén se impulsó, sintiendo el vacío bajo sus pies descalzos, y llegó al otro lado exhausto. Kauri no esperó. Tomó una herramienta de metal y, con una furia nacida de la necesidad de sobrevivir, golpeó el anclaje del cable en su lado de la orilla. Bajo una tensión inmensa, el acero saltó con un latigazo mortal que zumbó por todo el cañón. El puente se había ido. Los hombres armados quedaron atrapados del otro lado, separados por un río de lodo y rocas que nadie podía cruzar. El silencio del aislamiento Kauri miró a los hombres del otro lado, que eran apenas siluetas furiosas que el ruido del agua devoraba. Luego miró a su grupo. Estaban vivos, pero estaban completamente solos. El helicóptero que debía sacarlos de ahí estaba enterrado en el río. No habría otro rescate pronto; para el mundo, ellos

libros gratuitos en editorialvia.com

habían desaparecido en la tormenta. — Ya no pueden seguirnos —dijo Kauri, limpiándose el sudor—. Pero tampoco tenemos forma de salir de aquí que no sea con nuestras propias piernas. Y lo peor... nos hemos quedado sin nada. Rayén miró sus manos, negras por el roce del cable. Miró el abismo donde se perdió su esperanza de un rescate fácil y luego miró a su hermano. — No importa, Kauri. Ya nos enseñaste que la ayuda no siempre viene de arriba. Si tenemos que pasar quince días caminando en este monte para llegar a casa, lo vamos a hacer. Pero esta vez, vamos a correr de verdad. Sin rescatistas, sin cámaras, solo nosotros. Kauri asintió. — Entonces caminen. Que la sierra todavía tiene mucho que decirnos antes de dejarnos ir. Comienza nuestra verdadera prueba.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 6

El rastro de la sangre

El hambre ya no era un rugido en el estómago; era una debilidad que les pesaba en los párpados. Rayén, aunque resistía por su pasado de atleta, sentía que sus músculos se consumían. Por eso, cuando Kauri regresó al campamento cargando un venado cola blanca sobre los hombros, nadie hizo preguntas. Habían visto a Kauri moverse con su arco de madroño durante días, pero verlo traer sustento real, un fantasma de la sierra que casi nadie logra ver, cambió el ambiente. El respeto se volvió absoluto. — La sierra nos dio permiso hoy —dijo Kauri, bajando el cuerpo del animal con cuidado—. Pero escuchen bien: el venado nos da la vida, pero su olor nos puede traer la muerte. Limpiaron la pieza con rapidez bajo las instrucciones de Kauri. Usaron el cuero para reforzar las protecciones de sus pies y devoraron los primeros trozos de carne asada con una desesperación que casi los hace llorar. El sabor no era a condimentos, era a pura supervivencia. Sin embargo, el olor metálico de la sangre fresca quedó suspendido en el aire húmedo del cañón, viajando con el viento por kilómetros. Kauri no los dejó relajarse. Mientras Diego y Guadalupe se limpiaban las manos, él ya estaba reforzando el perímetro y preparando las flechas. — No vamos a dormir —sentenció Kauri mientras la luz empezaba a morir entre los pinos—. La sangre atrae dueños. El puma y el oso negro no perdonan un festín gratis, y ellos huelen desde muy lejos. Si bajamos la guardia, pasaremos de cazadores a presas en un suspiro. La fogata se mantuvo pequeña, apenas unas brasas ocultas en una hondonada para no delatar su posición a los hombres armados, pero suficientes para mantener a raya la oscuridad total. Kauri repartió turnos de guardia. A Rayén le tocó la vigilia de la madrugada, cuando el frío cala hasta los huesos. Rayén se sentó con el arco de madroño de su hermano entre las manos.

libros gratuitos en editorialvita.com

Ya no lo veía como un objeto primitivo; era el seguro de vida de todos. Sus oídos, ahora agudizados por la necesidad, empezaron a descifrar los ruidos del monte. ¡Crac! Una rama seca se rompió a menos de diez metros, justo detrás de un matorral de manzanita. Rayén sintió un escalofrío que no era por el clima. Sus dedos se cerraron sobre la madera roja del arco. Vio dos puntos amarillos que brillaron un instante antes de desaparecer en la negrura. Un jadeo pesado y rítmico se escuchó cerca de donde habían colgado los restos de la carne. — No te muevas —susurró la voz de Kauri detrás de él, tan baja que parecía parte del viento—. Está midiendo nuestro miedo. Si huelen que estás asustado, van a saltar. Rayén apretó el arco, sintiendo la tensión de la cuerda. Toda su vida había corrido para ganar medallas en pistas de tartán, pero ahí, rodeado por el olor a sangre y el acecho de lo salvaje, entendió que la verdadera carrera era quedarse quieto. Tenía que demostrarle a la montaña que ya no era un extraño, sino un depredador más defendiendo su territorio. Pasaron las horas en una vigilia agotadora. Cada sombra parecía un felino, cada susurro del viento un ataque inminente. Cuando el primer rayo de sol tocó las copas de los pinos, Rayén soltó el aire que parecía haber estado guardando toda la noche. Seguían vivos. — Ya pueden descansar un poco —dijo Kauri, señalando las huellas frescas de un gran felino que rodeaban el campamento—. El rastro de la sangre no se borra con el sol, así que hoy caminaremos más rápido. El venado nos dio fuerza, ahora hay que usarla para salir de aquí. Comienza nuestra verdadera prueba.

libros gratuitos en editorialvia.com

CAPÍTULO 7

La vigilia de los sentidos

El estómago estaba lleno por primera vez en días, pero el cuerpo no recibió descanso. Kauri, con esa intuición que parecía venir de las mismas piedras, dio la orden que Rayén temía: nadie cerraría los ojos. El olor de la sangre del venado era un rastro que en la sierra equivale a encender una bengala en mitad de la noche. — El frío es nuestro primer enemigo, el miedo es el segundo —susurró Kauri, acomodando a Doña Rosa y al pequeño Jaime en el centro de un círculo humano—. Manténganse espalda con espalda. Si alguien siente un cambio en el aire o un crujido, hable. Aquí el silencio mata. El peso de la oscuridad La noche en la sierra no es negra, es densa. Rayén sentía cómo el frío empezaba a subir por sus piernas descalzas, un frío húmedo que parecía morder la piel. Recordó las luces de la ciudad y las sábanas limpias; todo eso se sentía ahora como una vida que le pertenecía a un extraño. Sentado con el arco de madroño cruzado en el regazo, Rayén experimentó lo que Kauri llamaba "la vista del monte". No se trata de ver con los ojos, sino con los oídos y la piel. Jaime se había quedado dormido por el agotamiento en el regazo de su madre, ajeno al peligro que rodeaba el campamento. A lo lejos, el aullido de un coyote rompió el hielo del aire, seguido por un silencio tan absoluto que dolía. Luego, el sonido que puso a todos en alerta: el roce de algo pesado moviéndose entre los matorrales de manzanita. No era el viento. Era un paso rítmico, cauteloso. — No disparen a menos que vean los ojos —indicó Kauri, con la voz firme pero baja—. El arco es para defender el círculo, no para cazar sombras. La noche más larga Diego temblaba tanto que sus dientes castañeaban, un ruido que en la quietud del monte parecía un tambor. Rayén le puso una mano en el hombro para calmarlo, no por compasión, sino por táctica. Necesitaban silencio total para detectar cualquier

libros gratuitos en editorialvita.com

avance enemigo o animal. La falta de sueño y el hambre vieja empezaron a jugarle bromas a la mente de Rayén. Por un momento, creyó escuchar el eco de los hombres que los buscaban, mezclado con el jadeo de un depredador que rodeaba el campamento buscando un hueco en la guardia. La tensión era idéntica a la de una emboscada: la expectativa de lo que está por saltar desde la negrura. — Están ahí —susurró Rayén, apretando la madera roja del arco—. Los siento. — Lo sé —respondió Kauri—. Están esperando a que el frío nos doble o que el sueño nos gane para llevarse lo que queda de la presa. Pero hoy nadie duerme. El amanecer de los sobrevivientes Pasaron la noche en esa vigilia agónica, sufriendo el calambre en los músculos y el ardor en los ojos secos. Cada minuto duraba una eternidad. Fue una lucha de voluntades: la de ellos por proteger al niño y la de la sierra por devorarlos. Cuando la luz grisácea del alba empezó a filtrar entre los pinos, los ruidos de acecho cesaron. Rayén miró a su alrededor y vio las huellas profundas en la tierra húmeda, a escasos metros de donde habían estado sentados. El peligro había sido real, tan real como el frío que aún le entumecía los dedos. Estaban exhaustos, con ojeras profundas y el alma curtida, pero seguían de pie. — Sobrevivieron a la noche —dijo Kauri, poniéndose en pie con una agilidad que desafiaba el cansancio—. Jaime está a salvo. Pero la luz no significa seguridad, solo significa que ahora podemos ver a los que nos buscan. Recojan todo. El venado nos dio fuerza, ahora hay que usarla para poner kilómetros de por medio. Rayén se levantó, sintiendo que sus pies, aunque lastimados, ahora pisaban con la seguridad de quien ya no le teme a la sombra. Había pasado su primera noche de guardia real, y la sierra, por fin, le había dado su respeto.

librosgratuitos.editorialvira.com

CAPÍTULO 8

El laberinto de la desconfianza

Mientras el grupo de Kauri se hundía en las grietas de la barranca, el mundo exterior intentaba descifrar el silencio. En el sitio del impacto, el río se había tragado el helicóptero de rescate, dejando solo el eco del metal retorcido contra las piedras. El informe oficial era una sentencia: "Sin sobrevivientes localizados". Los perseguidores se habían retirado de la orilla inmediata, pero su sombra seguía proyectándose sobre cada sendero. Para los rescatistas reales, la misión se había vuelto un rompecabezas imposible. No entendían por qué el grupo, en lugar de buscar los claros o las señales de humo, se movía de noche y evitaba los valles abiertos. El radar de la paranoia — No entiendo su lógica —decía el jefe de patrulla en la base, trazando rutas en el mapa—. Se mueven de forma errática, evitan los puntos de extracción y se esconden en lo más cerrado. Parece que le huyen a todo lo que se mueve. No sabían que Kauri estaba aplicando una estrategia de evasión absoluta. Para él, un helicóptero caído significaba que el cielo ya no era seguro, y un poblado en el horizonte no era una esperanza, sino una posible emboscada. — Kauri, ahí abajo hay humo de casas —susurró Diego, señalando un pequeño caserío al fondo de la quebrada—. Podríamos pedir ayuda, comida... — No —cortó Kauri sin siquiera mirar—. En esta zona, el que tiene techo suele tener dueño. Si bajamos ahí, no sabemos quién nos va a recibir: si un abuelo con tortillas o un halcón con radio. No vamos a entrar a ningún poblado de esta zona. El peso del aislamiento Rayén sentía el peso del arco de madroño en su hombro. Sus nervios estaban al límite. La falta de sueño le hacía ver figuras humanas en cada tronco quemado. La idea de que los perseguidores ya no los buscaban físicamente no lo tranquiliza; el miedo se había mudado adentro de su cabeza. — ¿Entonces a dónde vamos? —preguntó Rayén, con la

libros graduados en editorialvita.com

voz quebrada por el agotamiento—. Estamos huyendo de los que nos quieren matar, pero también de los que nos quieren salvar. — Vamos a salir por el otro lado de la sierra —respondió Kauri, señalando hacia el poniente, donde las cumbres se veían más azules y distantes—. El río nos guía, pero no vamos a seguir su orilla. Caminaremos por la media ladera, donde el monte es más sucio y nadie nos espera. Tenemos que llegar a un lugar donde el nombre de los que nos buscan no signifique nada. Caminar para desaparecer El avance se volvió penoso. Kauri los obligaba a realizar maniobras tácticas: subir pendientes casi verticales para luego descender por cauces de arroyos secos, borrando cualquier rastro que Jaime o Doña Rosa pudieran dejar. Este movimiento errático los protegía de ser encontrados por las camionetas, pero también los borraba del mapa de los rescatistas. Estaban atrapados en una paradoja mortal: para sobrevivir, tenían que ser invisibles, pero al ser invisibles, estaban condenando sus cuerpos al límite de la resistencia. Se estaban convirtiendo en fantasmas por voluntad propia. — Miren bien ese humo —dijo Kauri, señalando de nuevo el poblado lejano mientras se alejaban de él —. Esa es la civilización que conocemos. Hoy, nuestra única casa es la piedra y nuestra única ley es el silencio. El grupo dio la espalda a la última señal de vida humana en kilómetros. Se internaron en el corazón más ríspido de la Tarahumara, moviéndose como sombras heridas, huyendo de un enemigo que quizás ya no estaba, pero cuya presencia se sentía en cada crujido de la rama y en cada latido de su propio corazón.

libros gratuitos en editorialvia.com

CAPÍTULO 9

El espejismo de colores

Llevaban tres días moviéndose por las aristas de los cañones, evitando los senderos marcados como si fueran brasas ardientes. El grupo estaba al borde del colapso: los pies de Doña Rosa sangraban y el pequeño Jaime apenas lograba mantener los ojos abiertos. El cansancio ya no era un dolor, era una neblina que les nublaba el juicio. Fue entonces cuando los vieron. Al otro lado de una cañada, un grupo de cinco personas descansaba junto a unas tiendas de campaña de colores naranja y azul eléctrico. Eran excursionistas de la ciudad. Llevaban mochilas de marca y reían mientras compartían comida. Para Rayén, esa imagen era un espejismo; era el mundo al que él pertenecía antes de que el avión se desplomara. El choque de realidades — ¡Kauri, mira! —susurró Rayén, con el corazón dándole un vuelco—. Tienen equipo, tienen radios... ¡Son nuestra salida! Rayén hizo el amago de levantarse, pero la mano de Kauri lo ancló al suelo. — Quédate abajo —ordenó Kauri—. Un turista es un megáfono en medio del silencio. Si piden ayuda por radio, no sabemos quién llegará primero: si los médicos o los que derribaron el helicóptero. El grupo de Rayén observaba desde la maleza, ocultos como animales asustados. Diego miraba el agua embotellada con una sed que le quemaba la garganta. Estaban a punto de rodearlos para seguir su camino en la sombra, prefiriendo la soledad a la exposición, cuando el ambiente en el campamento de colores cambió drásticamente. El grito en el claro Un grito de dolor rompió la calma de los excursionistas. Uno de ellos, que intentaba bajar hacia un pequeño arroyo, resbaló en la piedra suelta y cayó de forma violenta, quedando atrapado en una grieta con la pierna claramente fracturada. Sus compañeros, presa del pánico, gritaban nombres y se movían de forma errática, sin saber cómo estabilizarlo o

libros gratuitos en editorialvta.com

sacarlo de ahí. Kauri se quedó petrificado, observando la torpeza de los jóvenes. Su instinto de sobreviviente chocó con su respeto por la vida en la sierra. No eran enemigos; eran gente de ciudad perdida en un mundo que no perdonaba errores, y si los dejaba solos, el muchacho perdería la pierna o algo peor. La sabiduría de la tierra Sin decir una palabra más, Kauri se puso en pie y salió de entre los arbustos. Rayén lo seguido, con el arco de madroño aún en la mano pero apuntando al suelo. Cuando los excursionistas vieron salir a esos dos hombres —sucios, barbados, con ropas desgarradas y un arco artesanal—, el miedo los paralizó. Creyeron que la sierra les estaba enviando fantasmas. — ¡No se muevan! —gritó Kauri con una autoridad que no necesitó uniformes. Kauri no usó vendas de farmacia ni protocolos médicos. Se acercó al herido y, con la calma de quien ha visto a los animales romperse en el monte, buscó un par de ramas de encino rectas. Usó las mismas correas de las mochilas de los jóvenes para entablillar la pierna con una firmeza que hizo que el herido dejara de gritar. Sus manos, curtidas por el trabajo y la piedra, sabían exactamente cuánta presión ejercer. Perdidos, pero acompañados Al ver que esos "extraños" estaban ahí para salvarlos, los excursionistas abrieron sus mochilas: agua limpia y barras de energía. Confesaron que su GPS había fallado y que estaban desorientados; la radio solo captaba estática debido a la profundidad del cañón. Rayén y Kauri habían encontrado comida, pero ahora tenían una carga mayor: un herido que no podía caminar y un grupo de jóvenes que dependía de ellos. Seguían perdidos en medio de la inmensidad, rodeados de acantilados, pero ahora ya no eran sombras huyendo. Se habían convertido en una unidad. Kauri miró hacia las cumbres, donde el clima empezaba a cambiar. — Tenemos comida para hoy —dijo, mirando a Rayén—. Pero ahora somos diez personas y un herido. La sierra se hizo más grande, hermano. Ahora hay que enseñarles a estos niños cómo se camina de verdad para salir vivos de aquí.

libros gratuitos en editorialvia.com

CAPÍTULO 10

El silencio del cobre

La cima del cerro del Venado se alzaba como un centinela de piedra sobre el abismo. El grupo, ahora más numeroso y lento debido a la camilla del herido, alcanzó la cresta justo cuando el sol empezaba a castigar la nuca. Allí, tendido entre dos postes de madera vieja que crujían con el viento, brillaba el hilo de la discordia: el cable de cobre del sistema monoalámbrico rural. Para los excursionistas, ese cable era una bendición, un símbolo de que la civilización todavía existía. Para Kauri, era una amenaza silenciosa que debía ser anulada. La precaución del rastreador — ¡Un teléfono! —exclamó una de las jóvenes, señalando la caseta rústica de madera unos metros más adelante—. Podemos llamar, podemos decir que estamos aquí. Kauri se interpuso en su camino con la mirada gélida. — No van a tocar ese aparato —sentenció. — ¿Por qué? —preguntó Rayén, exhausto—. Es nuestra oportunidad de avisar que tenemos un herido. — Porque este cable no solo lleva voces amigas, Rayén —respondió Kauri. Por primera vez en días, no buscó el trozo de metal del avión en su faja. En su lugar, desvainó el cuchillo de acero táctico que uno de los excursionistas le había cedido—. Lleva reportes. Si alguien en el poblado de abajo intenta llamar y no hay línea, sabrán que algo pasó. Pero si alguien contesta y nos oye, los que nos buscan sabrán exactamente en qué punto del mapa estamos. En esta sierra, una llamada es una baliza para el enemigo. El golpe de gracia Kauri se acercó al poste principal. El cuchillo de los excursionistas, de acero al carbono y filo impecable, contrastaba con su ropa sucia y su piel curtida. No necesitó golpear con fuerza. Con la precisión de quien sabe dónde cortar para separar la vida de la muerte, presionó la hoja contra el filamento de cobre. El sonido fue como el de una cuerda de guitarra rompiéndose bajo demasiada tensión. El cable latigó con

libros gratuitos en editorialvita.com

fuerza y desapareció en la profundidad del barranco, perdiéndose entre los pinos. En ese instante, Kauri acababa de dejar incomunicada a toda la región. Había "apagado" la sierra. — Ahora estamos en silencio total —dijo Kauri, devolviendo el cuchillo a su funda—. Si los malos quieren usar el radio o el teléfono para coordinarse, tendrán que subir hasta aquí para ver qué pasó. Y para entonces, el viento ya habrá borrado nuestros pies. El puente de frecuencia Mientras el silencio del cobre se extendía por los valles, Rayén se encargó de la parte técnica con los excursionistas. Usando el radio de montaña de uno de los jóvenes —un equipo de corto alcance—, empezaron a lanzar una señal de emergencia. — "Aquí grupo extraviado, coordenadas en el Cerro del Venado. Tenemos un código rojo, fractura de fémur. Repito, código rojo" —dictaba Rayén por la frecuencia, cuidando de no dar nombres que pudieran ser interceptados por los oídos equivocados. La espera en la cumbre El grupo se dispuso a esperar. Doña Rosa abrazaba a Jaime, tratando de transmitirle el poco calor que le quedaba en el cuerpo. Los excursionistas, intimidados pero agradecidos por la firmeza de Kauri, mantenían un silencio absoluto, entendiendo por primera vez que la sierra tenía reglas que no venían en sus manuales de aventura. Estaban en el punto más alto, vulnerables pero alertas. Rayén miró sus pies: estaban llenos de costras, polvo y sangre seca. Se sentía desnudo, pero al mirar a Kauri, entendió que el sacrificio del cable era el acto final de desprendimiento. Ya no pertenecían al mundo de los teléfonos ni de las noticias. Eran parte del monte, y su única salvación vendría del cielo o de su propia resistencia. — Van a venir —dijo Rayén. — Vendrán —respondió Kauri sin dejar de vigilar el horizonte—. Pero hasta que el motor se escuche sobre nuestras cabezas, sigan pensando que el enemigo está detrás de ese pino. La noche empezó a caer sobre la cumbre silenciada, y en ese aislamiento absoluto, el alma de cada uno de ellos quedó, por fin, completamente al descubierto.

librosgratuitos.es editorialvia.com

CAPÍTULO 11

El regreso al silencio

El sonido no llegó de la tierra, sino del cielo. Primero fue una vibración sorda que hizo temblar las agujas de los pinos en la cumbre del Venado, y luego el rugido ensordecedor de las aspas cortando el aire frío de la mañana. Dos helicópteros de rescate, alertados por las señales intermitentes del radio y la mancha de color en la cima, descendieron como aves de presa blancas y rojas sobre el claro. El descenso del mundo moderno Cuando los paramédicos y los rescatistas saltaron a tierra, se encontraron con una escena que parecía sacada de otro siglo. De un lado, los excursionistas, con sus equipos caros y sus rostros desfigurados por el pánico; del otro, un grupo de sombras humanas encabezadas por Kauri y Rayén, cuyos ojos reflejaban una profundidad que solo da el haber mirado de cerca a la muerte. — ¡Prioridad al herido de la pierna! —gritó uno de los rescatistas mientras desplegaba una camilla plegable. El caos de la ayuda se desató. A Doña Rosa y al pequeño Jaime los envolvieron en mantas térmicas de aluminio que brillaban bajo el sol, dándoles un aspecto de astronautas perdidos. Diego fue escoltado hacia la cabina, tambaleándose por la debilidad. Rayén, con los pies destrozados pero el alma entera, se dejó caer en un asiento, sintiendo por primera vez en días que el peso del mundo se deslizaba de sus hombros. La curiosidad y el ruido La noticia del rescate se había extendido como fuego en pasto seco. Al aterrizar en la base de operaciones, una pequeña multitud de curiosos, reporteros y gente del pueblo se agolpaba tras las vallas. Querían ver a los sobrevivientes del helicóptero caído, a los héroes de la barranca. — ¡Ahí están! —gritaba alguien—. ¡Son los que cortaron el cable! ¡Los que cruzaron la quebrada a pie! Los flashes de las cámaras y las preguntas atropelladas asustaron a Jaime, quien se aferró con más fuerza a Doña Rosa. Los médicos corrían de un

libros gratuitos en editorialvita.com

lado a otro con sueros y estetoscopios, midiendo presiones y revisando heridas. Rayén buscó a Kauri entre el gentío, esperando verlo sentado en una camilla, pero no lo encontró. El desprendimiento de Kauri Kauri no estaba en la fila de los pacientes. Se mantenía a unos metros de distancia, recargado en una barda de piedra, observando el espectáculo con una mezcla de cansancio y desdén. Los médicos se acercaron a él para revisarlo, pero él simplemente levantó una mano, rechazando la atención. — Estoy bien —dijo con esa voz que parecía venir del fondo de una cueva—. Mi cuerpo sabe curarse solo. Rayén se acercó a él, cojeando. — Kauri, tienes que dejar que te vean. Han sido días muy duros. — Para ellos —respondió Kauri, señalando con la barbilla a los excursionistas que lloraban de alivio—. Yo solo estaba caminando por mi casa, hermano. El retorno a la esencia Mientras el resto del grupo era preparado para ser trasladado al hospital de la ciudad, Kauri se ajustó su faja y recogió su arco de madroño. Miró hacia las montañas que se alzaban azules y majestuosas a lo lejos. Allí no había cámaras, ni cables cortados, ni ruidos de motores. Solo estaba la ley de la tierra. — Aquí termina mi camino con ustedes —dijo Kauri, poniendo una mano en el hombro de Rayén—. Tú tienes que volver a tus libros y a tu gente. Tienes mucho que contar. — ¿No vienes con nosotros? —preguntó Rayén con un nudo en la garganta—. Te van a dar medallas, Kauri. Eres un héroe. Kauri soltó una pequeña risa, la primera en mucho tiempo. — Las medallas pesan mucho para correr por la barranca. Mi recompensa es que el niño esté vivo y que la sierra siga siendo mía. Sin esperar despedidas largas ni agradecimientos oficiales, Kauri se dio la vuelta. Con paso ligero, casi flotando sobre sus pies curtidos, empezó a caminar hacia el sendero que se perdía en el bosque. Nadie lo detuvo; los curiosos estaban demasiado ocupados con los excursionistas de colores. Rayén lo vio alejarse hasta que su silueta se fundió con los pinos. Kauri no regresaba derrotado, regresaba satisfecho, reintegrándose al único lugar donde su alma no estaba desnuda, sino vestida por el viento y la libertad de la Sierra Tarahumara. Había cumplido su misión: les había devuelto la vida, y a cambio, él recuperaba su silencio.

libros gratuitos en editorialvida.com

Epílogo

Esta historia es ficción basada en mis recuerdos del recorrido a pie en la sierra Tarahumara de 1988. Pero lleva un mensaje: cuida qué tanto les das a tus hijos. Porque entre más cosas les estás dando, menos libertad para crear y para defenderse de la vida les estás proporcionando. Con los pies descalzos y el alma desnuda es una aventura que quise relatar para ti.

ATTE. TU PAYASO ™

libros gratuitos en editorialvita.com

¿Por qué regalo mis libros?

Porque creo que lo más valioso no es lo que se compra, sino lo que compartimos. Considero que nuestras historias valen más que cualquier libro.

Si juntamos nuestras voces, podemos escribir algo que nunca se ha hecho: la verdadera historia de nosotros, los seres comunes. No la que escribieron unos cuantos, sino la que vivimos todos.

Por eso, este libro es tuyo, gratis. Y a cambio solo te pido una cosa:

Regálame un pedacito de ti.

Con tus historias construiremos una comunidad tan grande, tan unida, que nos permita levantar casas para cuidar a nuestros adultos mayores y a los niños que no tienen familia. Tu palabra no solo se guarda: ayuda a alguien real.

📝 ¿Te animas a compartir tu historia?
Comenta en nuestras redes sociales o visítanos en:
editorialvita.com

Juntos estamos construyendo la biblioteca digital escrita por la verdadera humanidad. Y tu voz no se perderá aquí — servirá para cuidar.